

había llegado ó se rindiera, y en ambos casos habría salvado á una ciudad de males terribles que pesarían exclusivamente sobre el general en jefe. (V. Pp. 141-143).

—¿Y la entrevista que tuvo con usted el coronel Miguel López?

—El día 14 se había recibido aviso de que en la noche se intentaría una salida por San Gregorio (1), y recorriendo yo la línea de Oriente de la plaza, un ayudante del coronel Julio Cervantes daba parte de que un jefe de la plaza deseaba hablarme. Lo recibí en la casa del señor Cervantes, siendo el que deseaba hablarme el coronel don Miguel López, quien me manifestó que el Emperador, deseado evitar el derramamiento de sangre, había renunciado la corona (2) y que ofrecía, bajo su palabra de honor, no volver al país por ningún motivo; que esperaba le permitiera salir de la plaza con algunos jefes y escoltado por un escuadrón de

(1) Un autor, imperial por añadidura, dice que el ejército republicano tenía policía dentro el sitio, la cual le informaba de cuanto acontecía. V. P. 145.

(2) El Emperador llegó á decir á sus defensores, licenciados Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, que presintiendo la desgracia en que debía caer, hizo depositar en persona, en quien tenía toda confianza, su abdicación, para el caso precisamente de que se le aprehendiese. *Memorandum*, página 53.

Esa persona era don José María Lacunza.

la Emperatriz hasta las inmediaciones de Tuxpan, donde se embarcaría.

Por toda contestación signifiqué á López que las órdenes de mi Gobierno eran ó rendidos sin condición ó batidos. Continué insistiendo sobre la conveniencia de que no se obligara á la guarnición á romper el sitio y salir, porque esto haría que se prorrogara la guerra del país de una manera indefinida, y que en nombre de la paz y por el Archiduque, por quien cualquier sacrificio que hiciera lo consideraría pequeño, esperaba obrara con alguna magnanimidad, sin obligarlos á salir de la plaza por un ataque brusco, que quizá costaría mucha sangre. En contestación signifiqué á López que ya conocía de lo que eran capaces mis fuerzas; que deseaba la salida, porque esto haría que nuestro triunfo fuera completo y sin que sufriera la población; que carecían en la plaza de toda clase de elementos; que la desmoralización era absoluta y que podrían traerle, si deseaba, al coronel Paz y Puente y teniente coronel Ontiveros (1), que acababan de pasarse.

(1) "El teniente coronel Ontiveros, en la noche del 14 de Mayo, se pasó con setenta hombres al sitiador, por la línea de San Sebastián, abandonando la suya."—*La toma de Querétaro.—Miguel López á sus conciudadanos y al mundo*, página 11.

Victor Darán agrega á estos dos al comandante de batallón Gil de Castro,

Con esto quedó terminada nuestra conferencia, en la que, volviendo á instar López hiciera cuanto me fuera posible por darle garantías al Archiduque, que no me pesaría; con algún disgusto le signifiqué que suspendiera de hablarme y me dijera qué lo autorizaba para venir á tomar el nombre del Archiduque, como su comisionado secreto. A esto me contestó que no traía más que la copia de su despacho y una carta, que me presentó, y en la que le hablaba el Archiduque como á persona de su mayor confianza. Pasado esto, hice que lo volvieran á su línea con las formalidades de estilo.

—Señor general, ¿le pidió algo más el coronel López?

—Ni ascensos, ni garantías, ni dinero. Todo lo que me pidió era para el Emperador, y sólo para el Emperador.

—¿Cómo, pues, se dice que entregó la plaza, que traicionó á Maximiliano?

—Tuve la creencia de que López hubiera salido á hablar conmigo por autorización del Archiduque, y ésta se corroboró cuando el 17 de Mayo, hablando conmigo el Archiduque, en mi tienda de campaña la Purísima (1), al sig-

(1) La princesa Inés de Salm Salm, narrando su arribo á Querétaro, ya caída la plaza, y su visita en el convento de las Teresitas al Emperador, que parecía muy pálido y enfermo—visita hecha previo permiso del general Escobedo, con quien la princesa había hablado

nificarle que algunas personas habían pedido permiso para hablarle, y entre éstas el Coronel López, y que si no se les había dado

la víspera en la hacienda de Hércules y cuya auencia iba á solicitar para que le hablase el Emperador—agrega lo que sigue:

“Me volví luego al cuartel de Escobedo, á quien encontré de muy buen humor, porque estaba esperando á su hermana, á quien no había visto hacía muchos años. Me dijo que no podía salir; pero que recibiría al Emperador con sumo placer si éste quería hacerle una visita, acompañado de mí y de mi marido.

“Mientras que el coronel Villanueva (1) salía á buscar un coche para la visita, me procuraba alguna ropa blanca, con la que volví á las Teresitas.

“El Emperador se sintió bastante fuerte para salir, me dió su brazo, y seguidos del coronel Villanueva y de mi marido, bajamos las escaleras, hasta la calle,

(1) Los jefes republicanos que, en el cumplimiento de sus deberes militares, solían estar más cerca del Emperador, durante su prisión, eran el ingeniero coronel-general Ricardo Villanueva, educado en Alemania, y el coronel Miguel Palacios.

El 13 de Junio el Emperador firmó dos letras de cambio de cien mil pesos cada una, giradas contra la familia imperial de Austria en Viena y pagaderas á las señoras Villanueva y Palacios, si con su auxilio se ponía en salvo el Archiduque. Ambos jefes rehusaron la propuesta, y el último hasta la reveló al general Escobedo, quien manifestó á la princesa de Salm, que era la autora del conato de cohecho, que el aire de Querétaro no le era saludable. Y la princesa tuvo que ausentarse de la ciudad.

Esos dos dignos soldados han fallecido pobres: Palacios en Zacatecas, donde el gobierno del Estado le hizo suntuosas honras fúnebres; Villanueva en México, donde desempeñó un alto puesto público.

permiso era porque esperaba preguntarle si deseaba recibirlas, me contestó que no tenía inconveniente en recibir á algunas personas, suplicándome permitiera al coronel López que

donde encontramos el hermoso coche del señor Rubio y una escolta.

“En nuestro tránsito hasta la puerta, los prisioneros que habían salido de sus celdas, se pusieron en filas y todos saludaron al Emperador con la expresión del mayor respeto y amor.

“Fuimos en un coche á la hacienda de Hércules, y en un jardín grande y hermosísimo, con una fuente y un estanque en medio, se hallaban reunidos muchos oficiales liberales y otras personas, todas las cuales saludaban respetuosamente al Emperador, que me llevaba del brazo.

“El general Escobedo vino á encontrarnos y dió al Emperador la mano. Después se dirigió con nosotros hacia una calle de árboles ancha, á la derecha, donde se habían colocado asientos para nosotros. Al principio platicábamos sobre objetos indiferentes, pero nuestra conversación se hacía muy penosa á causa de dos bandas de música que hacían un espantoso ruido musical, ahogando nuestras voces.

“Poco á poco llegamos al objeto de nuestra entrevista, y el Emperador dijo al general Escobedo que tenía que hacer en su nombre algunas proposiciones, y él y el coronel Villanueva se retiraron á fin de arreglar el asunto....

“Permanecimos hasta el crepúsculo en el cuartel general de Escobedo, quien nos ofreció refrescos; pero no los aceptamos, y volvimos á las Teresitas del mismo modo en que habíamos ido.

“El Emperador estaba sumamente abatido....”

lo viera. Signifiqué que muy especialmente me refería á López, á quien no sabía si quería recibir por algunas versiones que había en la plaza respecto de lealtad á su persona. Me contestó sólo: “A mí el Coronel López no me ha faltado” (1). Y las mismas palabras que López me dijo la noche del 14, me las repitió el Emperador en el cerro de las Campanas.

—¿Es cierto, general, que tuvo usted amistad con Mejía?

—Es exacto, pues aunque pertenecemos á varios partidos, el año 60, dos veces derroté á las fuerzas del general Mejía, haciéndoles un fuerte número de prisioneros, que puse en libertad sin condición ninguna. En un combate fui derrotado y hecho prisionero por el antes dicho general; y no obstante el empeño que tenían Márquez (2) y otros jefes en que se me fu-

(1) Así se explica lo que asegura don José Luis Blasio, secretario del Emperador, que después de la junta de generales, la noche del 14 de Mayo, en la que se acordó prorrogar la salida, Maximiliano condecoró á López con la medalla del valor militar.

Samuel Basch refiere que el Emperador, en la prisión, le dijo que con sus propias manos, en la noche del 14, había condecorado á López con una medalla del valor militar.

(2) En las páginas 17, 18 y 19 de la obra *Ultimas horas del Imperio*, por el general Manuel Ramírez de Arellano, se lee este bosquejo del general Leonardo Márquez, á la verdad de parecido rayano en identidad:

“Márquez, el hombre de dos caras, ha llegado á la

alilara, Mejía y los serranos se opusieron, hasta salvarme. Por esto, más tarde, en los dos

edad en que comienza la vejez; de corta estatura, mal proporcionado, sin aire militar, posee, sin embargo, toda la vivacidad que comunica al cuerpo una alma atormentada por fuertes pasiones. Su fisonomía es repugnante, su mirada inquieta y escrutadora. Su cráneo ofrece notables depresiones en los puntos que se consideran como sitio ordinario de la bondad, de la generosidad, y un gran desarrollo en los lugares adonde se localizan el odio y la audacia. Egoísta, avaro y vengativo, es al mismo tiempo enérgico, resuelto y valiente hasta la temeridad. Militar por vocación, con más práctica que ciencia, amante del peligro, que ve con desprecio, profesa un respeto grande por el espíritu de subordinación y de resignación. Sin valor moral, elude siempre toda responsabilidad que pueda amenazarle, para hacerla recaer sobre sus inferiores. Alaba las ideas del que manda, trata á sus subordinados con dureza, y exige de ellos un respeto á la disciplina tan severo como humillante. Irascible y chancero, grosero ó afable, según le inspire su temperamento ó su carácter, se le teme ó se le aborrece; pero nunca se le ha amado.

"Durante la guerra civil, conquistó una triste celebridad sacrificando un gran número de sus enemigos políticos. El 11 de Abril de 1859 fué cuando hizo comprender á su patria, por la primera vez, de cuanto era capaz, si se trataba de derramar sangre."

Y todo esto sin contar los asesinatos, más que fusilamientos, de D. Melchor Ocampo y el general Leandro Valle.

Alberto Hans dice en su libro titulado *La guerre du Mexique selon les mexicains*, que el general Márquez es soldado por temperamento; de naturaleza intransigente, inflexible; de abnegación por la causa conserva-

ditios que puse á Matamoros, antes de principiar mis operaciones, intimaba la rendición

dora; y, juzgándole digno de vindicación, le incita á que emule al mariscal Davout, sobre quien ya pesaba el fallo severo de la historia por no haber explicado á tiempo su conducta en la defensa de Hamburgo.

Mas entre estos toques negros de su bosquejo debe haber uno que otro de luz.

El general Anastasio Parrodi certifica bajo su palabra de honor que el subteniente Leonardo Márquez, del batallón de Mextitlán, se batió en Ciudad del Maíz el 12 de Febrero de 1839 contra los pronunciados de Tampico, á cuya cabeza iba José Urrea, portándose en la jornada con el valor y la decisión que distinguen á los fieles servidores de la patria.

"Que á pesar de la escabrosa pendiente y lo elevado del cerro de la izquierda del enemigo, animado dicho oficial por los más vehementes deseos de escarmentar á los facciosos, trepó hasta la eminencia, despreciando á los peligros se le presentaron al subir. Que cuantos peligros se le presentaron al subir. Que cuando llegó á la cima, descubrió una fuerza enemiga de trescientos y tantos hombres, que mandaba uno de los primeros cabecillas, á la cual atacó con tanto valor y decisión, que, á pesar de los vivos y sostenidos fuegos enemigos, bien pronto se envolvió entre los contrarios, rindiéndolos completamente y haciéndolos prisioneros."

Siendo capitán en el Regimiento ligero de infantería, á fines de 1845, solicitó una licencia temporal para venir de Puebla á México, pero en esas circunstancias recibió orden de marcha el Regimiento á Veracruz, y entonces el capitán desistió de ausentarse, para ir con su bandera á aquel puerto, donde, luego de haber llegado, hizo uso de la licencia. Apenas empezaba á disfrutarla, cuando tuvo noticia de que las fuerzas navales de los norteamericanos se aproximaban: inmediatamente

de la plaza, y salía Mejía á hablar conmigo, y, no pudiendo nunca estar de acuerdo, nos

te incorporó con su cuerpo, sin esperar los recursos que se le habían mandado ministrar, y pidió como gracia especial al coronel Domingo Gayosso, en la hacienda de la Encarnación, que le nombrase en la primera guerrilla que operara; concedida, fué el primero que mandó quemar sus cartuchos contra los norteamericanos á inmediaciones de Agua Nueva, en que hizo retirar á la guerrilla enemiga, trayendo consigo, al replegarse la brigada por orden del general Ampudia, algunos despojos del invasor. En esa vez su constante desvelo por el buen servicio le ocasionó el contagio del vómito.

En la Angostura, previa gracia del general en jefe, tuvo el honor de ser el primero en romper los fuegos, y con sólo dos compañías que mandaba, contuvo á las fuerzas norteamericanas, considerablemente superiores, que se empeñaron en tomar el cerro de la derecha, llave principal del campo; convencido de que, al lograrlo, el ejército mexicano hubiera sufrido consecuencias muy funestas.

En un informe, el general de brigada y jefe de la plana mayor del ejército mexicano, Manuel María Lombardini, dice: "... asimismo es notorio el particular servicio que prestó en la acción del día 8 de Septiembre de 1847, pues habiéndose perdido el molino del Rey y la Casa Mata, dueño el enemigo de las lomas de Tacubaya, marchaba vencedor con una gruesa columna y sus respectivas piezas de artillería por la calzada de Anzures, con dirección á esta capital, y conociendo el general en jefe lo difícil de su posición, ofreció á Márquez el empleo de coronel y una gratificación á la tropa si lograban siquiera contener á las tropas americanas, lo cual fué contestado con entusiasmo verdaderamente patriótico, que despreciaba la oferta, y con vítores á la

separábamos, abrazándonos para batirnos. En Querétaro, tanto al Archiduque como al ge-

nación emprendió su marcha sobre el enemigo con sólo seiscientos hombres, y, cargando á la bayoneta, logró derrotarlo y quitarle una de las piezas que conducía."

El 14 de Marzo de 1867, cuando los republicanos hicieron á sangre y fuego un reconocimiento de las posiciones del enemigo, sitiado en Querétaro, y casi se apoderaron de la Cruz, el Emperador, que lucía uniforme de general de división y fieltro blanco de anchas alas bordadas de oro y plata, se paseaba impávido en la plaza, en medio de una lluvia de balas, y platicaba con los generales Márquez y Arellano. De súbito, en lo más sangriento del combate, rompió á llorar el general Márquez:

—¿Qué tiene usted, general?—le preguntó afectuosamente el Emperador.

—Nada, señor, sino que soy muy dichoso.

El Emperador, que atribuía las lágrimas del jefe de su Estado Mayor á entusiasmo, lloró también, y, estrechándole en sus brazos, le dijo con voz ahogada por la emoción:

—Tiene usted razón de estar contento, general, pues hoy es cuando salvaremos la independencia de nuestra hermosa patria.

En esto, unas compañías del 3.º de línea retrocedieron bajo el fuego graneado certero de los republicanos; entonces el general Márquez acudió hacia el punto, subió á la trinchera, y, presentando el cuerpo al enemigo, decía á sus soldados, mostrándoselos:

—¡Entrad, muchachos, entrad! Os habéis portado valientemente. ¡Viva el 3.º de línea!

Las balas silbaban y rebotaban contra la batería situada allí, y todos se admiraban de no ver caer á Márquez. En vano se le suplicó que se bajase y que por dos

neral Castillo y demás jefes, los traté con caballería, y de una manera especial á

veces le prohibiera el Emperador con su ayudante Ormaechea, que se presentara como blanco. No cabía en sí de gozo; ¡había llegado al trenes!

Y su pericia militar es notoria. La confirma el juicio de los generales Agustín Pradillo é Ignacio de la Peza, que dicen: "Cuanto hemos servido á las órdenes del general Márquez, y aun los que no le conocen ni personalmente, saben que una de las dotes de dicho señor, es la de poseer un golpe de ojo estratégico que muchas veces le ha granjeado justos elogios."

Un coronel liberal, muy ilustrado y de brillante hoja de servicios, ha emitido este juicio:

"Márquez es un Omar católico fanático, soldado en grado eminente, práctico como ningún otro, valiente hasta la temeridad. Nunca en el enemigo vió al partidario político contrario, sino al hereje, al enemigo de su religión. Al salir á campaña, se postraba ante la que le dió el sér, para que le echase la bendición; y entonces él crefase con eso ya invulnerable, y hambriento de carne y sediento de sangre humana, era una fiera en la defensa de su causa, para él santa, sin el menor remordimiento de sus carnicerías. Cuando veo á ese hombrecito, no puedo creer en la tanta guerra que nos daba, si no es con fe ciega en su causa. De nadie mejor se puede decir que es la personificación en cuerpo y alma del partido conservador."

De la Habana, después de veintiocho años de ostracismo, tornó á México el 27 de Mayo de 1895. Habita actualmente en el Hotel Washington. Su vida es de absoluto retraimiento, se levanta con el día, vaga errante con sola su alma por los lugares concurridos, come en *restaurant*, se recoge entrando la noche, suele reci-

Mejía, y estuve dispuesto á hacer cuanto fuera posible en su obsequio. El 17 de Mayo,

bir de visita á muy contadas personas, rehusa hasta con indignación hablar de política y de su pasado como hombre público y no lee más que *La Voz de México*.

Su salud se resiente en invierno. Con esto y todo aún no está encorvado su cuerpo, tal como debía estar dados sus 79 años de edad (1); conserva sin esfuerzo alguno su posición recta y su andar ágil. Su voz es punto menos que de tiple y su buen humor va siendo cada día más y más anormal. En su trato es todo un caballero. El ojo derecho le llora constantemente á causa de una antigua herida en el carrillo correspondiente, recibida en Morelia al rechazar á las tropas republicanas que mandaba el general Uruga, el 18 de Diciembre de 1863.

Cuando veníamos de Veracruz y un telegrama nos anunció en Esperanza la manifestación hostil de los estudiantes en la estación de Buenavista á la llegada del tren de pasajeros, cambiamos de rumbo en Apizaco, estuvimos en Tlaxcala al atardecer y por la noche partimos á Puebla. No hallamos punto de arribo donde no hubiese pueblo apiñado, el cual á nuestro paso murmuraba y hasta solía llegar á las vías de hecho.

En Puebla nos hospedamos de incógnitos en el Hotel Francia. El general Márquez, abatido, después de recorrer tan interminable calvario y ya que nos recogíamos, prorrumpió, haciendo como que aspiraba aire puro con todos sus pulmones:

—Pero, ¿por qué tanta hostilidad si ya no existe el partido conservador? Si yo no vengo á hacer política. ¡Sólo he querido venir á mi patria á acabar tranquilo mis cortos días!

(1) Nació el 8 de Enero de 1821.

una persona de mi familia pasó á hablar con el general Mejía, á ofrecerle cuanto pudiera necesitar. Mejía contestó que de pronto nada necesitaba y que correría la suerte del Emperador. El 18 fui personalmente á hacerle una visita y le signifique mi deseo para que fuera á San Luis á presentarse al Gobierno, con la seguridad de que sería tratado de la manera más caballerosa. Por toda contestación me dijo:

—El Emperador, ¿qué suerte correrá?

—Espero de un momento á otros órdenes del Gobierno—le contesté;—y creo que éstas no serán benignas para los jefes superiores.

—Estoy resuelto á seguir la suerte del Emperador.

—Quizá en este momento, por el telégrafo, se me den órdenes que, por severas que sean, tengo que cumplirlas. Como hasta ahora no las recibo, obraré como crea conveniente. Estoy en disposición de salvar á usted sin condición ninguna; pero usted no debe ponerme las á mí (1).

En Esperanza nos hizo leerle una carta que decía: “Bien venido, general.

“La patria mexicana, como madre amantísima y abnegada, olvida vuestros errores pasados”

Aquí nos interrumpió, exclamando muy contrariado:

No son errores: yo he sido siempre conservador!

(1) En un diálogo habido entre Miramón y Mejía, ya

Me paró, hizo otro tanto el general Mejía, y me estrechó la mano entre las suyas.

—Debo—me dijo—atenciones y confianza al Emperador, y correré su suerte (1).

presos, habló así el primero para levantar el espíritu del segundo:

—“A mi parecer, no debeis inquietaros; quizá sea yo la sólo víctima, ¿No habéis salvado dos veces á Escobedo? ¿V no creéis que, en caso de que el consejo de guerra pronunciase vuestra condenación, Escobedo no interviniera en favor del hombre que le ha generosamente concedido la vida y que no haga pesar toda su influencia cerca de Juárez, para obtener su gracia?” *Le general Miguel Miramón*, página 234.

El general Manuel Ramírez de Arellano, tratando de los propósitos de salida de la plaza y del jefe de los sitiados que hubiese podido ser más respetado cerca de los sitiadores, dice que Mejía había concedido la vida otras veces al general en jefe de los republicanos, cuando fué su prisionero.

(1) Caída la plaza de Querétaro en poder del ejército republicano, el general Escobedo habló de la memorable jornada con don Benito Juárez, á su paso por esa ciudad y en presencia de don Sebastián Lerdo de Tejada y de don José M. Iglesias, y puso en su conocimiento que había un secreto en lo relativo á las últimas operaciones militares. Don Benito nada pretendió que se le revelase.

—Pero hay otro secreto—prosiguió Escobedo—que sí me pertenece, porque es mío, y puedo comunicar á usted.

—Veamos.

—Yo quise salvar á Mejía: le ofrecí la vida, porque le debía atenciones y grandes favores.

—¿Y qué contestó?

—Me preguntó cuál sería la suerte de Maximiliano; y como en mis palabras advirtiese la verdad, me dijo terminantemente que no aceptaba nada y que correría la suerte de sus compañeros de infortunio.

Juárez quedó pensativo un momento y en seguida prorrumpió:

—¡Era indio, y era leal!

—No le insistí más,—continuó Escobedo—porque en su lugar yo hubiese hecho lo mismo.

INFORME

AL SUPREMO GOBIERNO

SOBRE LA OCUPACION DE QUERÉTARO.

I

POR QUÉ SE DESCORRIÓ EL VELO
DEL SECRETO.

REPÚBLICA MEXICANA.—*General de división retirado.*—Señor Presidente: Los acontecimientos pasados hace veinte años en Querétaro ha venido á removerlos en la actualidad la aparición de un folleto escrito en francés y publicado en Roma por el señor Victor Darán, y cuya publicación tiene por título: EL GENERAL MIGUEL MIRAMÓN. En ella, entre otros episodios de nuestras guerras intestinas, se narran las operaciones emprendidas sobre la plaza de Querétaro por el ejército republicano. Estando la narración á que me contraigo escrita bajo un color enteramente inexacto, y sobre todo, en lo que se refiere al motivo

que originó aquella misma ocupación, dió lugar á que el coronel imperialista Miguel López publicara en uno de los diarios de esta capital una carta, en la cual me pedía que con toda sinceridad expresara la verdad histórica relativa á aquellos sucesos.

La prensa reaccionaria de México toma del libro mencionado lo que más puede afectar á la historia de nuestra lucha contra el llamado Imperio. Se esfuerza, con una obstinación vehemente y del todo extraña hoy, á que divulgue la parte secreta de aquel desenlace, y que se relaciona con la supuesta traición de López y la toma de la plaza de Querétaro, pretendiendo que á efecto de la intervención directa que este jefe imperialista tomara en ello, traicionando á su Soberano y vendiendo á peso de oro su consigna, la plaza cayera en poder del ejército mexicano (1).

(1) "Si pues hubo traición, lo que nadie ha establecido todavía de una manera positiva, muy difícil sería admitir que este acto haya sido el acto de un hombre aislado. No se comprende, en efecto, que en una guarición entregada así por un simple coronel, no se haya encontrado un solo oficial que haya tenido el valor de resistir, de protestar á la cabeza de los suyos, haciéndose matar, si esto se necesitaba, para cumplir con su deber. M. d'Hericault pretende (páginas 183 y 184), (1)

(1) Dichas páginas se refieren á una obra que sobre el Imperio escribió el autor citado.

Consideraciones personales posteriores á aquella ocupación, y las cuales voy á revelar, han hecho que guarde un profundo silencio sobre aquellos acontecimientos. Al ofrecer entonces callar, sabía perfectamente que con mi conducta no sufriría el prestigio y lustre de la patria; ni tampoco el honor del ejército que estuvo á mis órdenes en aquella gloriosa época, ni mucho menos la causa por la que combatiera. La cuestión se reducía únicamente á dos personalidades: la mía que yo conscientemente juzgara de poca importancia, después de despojarme de la alta investidura militar, á que me habían llevado las circunstancias especiales del país, después de realizado el triunfo de la República sobre sus más encarnizados enemigos, y la del coronel imperialista Miguel López, intermediario, en efecto, entre el Ar-

que se debía hacer una salida general el 15 en la mañana, y que, á las dos, *no se esperaba más que la orden de ponerse en movimiento*. Esto puede ser muy bello en una leyenda, pero la verdad concuerda poco con este escenario teatral. Todos, por el contrario, dormían, y si se exceptúa al general Miramón, todos, sin distinción, se han inclinado también ante la fatalidad que los entregaba á sus enemigos. Debemos concluir de esto, hasta que seamos mejor informados, que después de haber vivido por tanto tiempo en el país de las quimeras, el Archiduque acabó por ser la víctima de sus desengaños del desaliento de aquellos que lo rodeaban." *Historia de la Intervención francesa en México* por E. Lefevre, tomo II, páginas 399 y 400.

chidique y yo, en la conferencia tenida para la solución de un problema en que se interesaba el porvenir de México, el prestigio de un Príncipe extranjero, y mi particular honor como soldado y como mexicano, único título de cuya adquisición me siento orgulloso.

Pienso hoy que estuve engañado respecto de mi persona, porque la calumnia, la envidia ó el rencor de la facción vencida, se ensañan contra mí, no obstante ocultar mi humilde nombre en un debido y conveniente aislamiento.

Duro es para mí tener que recurrir al pasado para dar satisfacción á la curiosidad de muchos, y tal vez á la mala fe de algunos.

Descorro á mi pesar el velo que oculta sucesos de importancia desconocidos del país, y que por lo mismo han sido mal juzgados. Tal vez sirvan mis revelaciones para poner con ellas un infranqueable valladar á la desvergüenza y osadía de los que, teniendo por qué callar, pretenden mancillar mi honor sin comprender que, al iniciarlo, tienen que sufrir ó la desilusión más completa ó el desengaño por una concepción antipatriótica y bastarda.

Por espacio de veinte años se me ha puesto como blanco á la calumnia; las épocas se han sucedido en que mi nombre ha sido insultado y puesta en duda la parte que por derecho, y sólo como mexicano, me corresponde en el triunfo de la patria.

Multitud de extranjeros de todas nacionalidades, presintiendo que algo oculto tenía el funesto fin de Maximiliano, han venido con insistencia á inquirir de mí la verdad, y hasta ahora nada había dejado traslucir del ofrecimiento hecho por un soldado victorioso á un príncipe sentenciado á muerte.

Pero hoy que uno de mis compañeros de armas asienta hechos que en su calidad de jefe subalterno no le era posible conocer (1); hoy

(1) Se refiere al general Francisco O. Arce, que publicó una carta sobre los sucesos de Querétaro, la cual fué rectificada inmediata y rudamente por *El Combate*, cuyo director era el general Sóstenes Rocha y entre cuyo selecto cuerpo de redacción, entre otras simpáticas personalidades, contábase al general Refugio I. González.

He aquí la rectificación que hizo *El Combate* al ser publicada dicha carta: "Nosotros sabemos por nuestro Director político, testigo presencial de aquel sitio, en donde tuvo á su mando la primera división del ejército del Norte, que el señor Arce poco ha de haber visto de aquellos episodios, puesto que casi todo el sitio estuvo enfermo."

La carta del general Arce es la siguiente:
"Correspondencia particular del Gobernador del Estado de Guerrero.—Bravos, 15 de Mayo de 1887.—Señor general Pedro J. García, editor del *Correo de las Doce*.—México.

"Muy querido amigo:

"En el número 3,037 del ilustrado periódico *La Patria*, he visto publicada una carta en la que el ex-coronel imperialista Miguel López, con una audacia infinita, se

que se tolera la expresión de la duda en la cuestión militar de Querétaro, adornándola con injurias y versiones deshonrosas; hoy que se me

atreve á interpelar al patriota general Mariano Escobedo sobre el hecho conocido que facilitó la ocupación de la plaza de Querétaro por las fuerzas de la República en 1867, ocupación que tuvo lugar precisamente hoy hace veinte años.

“Testigo presencial de aquel importante suceso, me voy á permitir hacer algunas aclaraciones de interés sobre el particular, á fin de que las recoja la verdad histórica y queden, en lo futuro, las cosas en el lugar que les corresponde.

“Sabido que el general Escobedo que la fuerza enemiga quería romper el sitio con objeto de procurar la salvación de Maximiliano y sus secuaces principales, decidió la ocupación de la plaza referida para la madrugada del 15 de Mayo, y por consiguiente, los jefes situados sobre la línea de circunvalación recibimos instrucciones para que el asalto fuera simultáneo, violento y vigoroso, en el momento en que nuestra artillería, situada cerca del Cuartel general, nos indicara la señal del combate.

“Nadie ponía en duda el éxito favorable, porque nuestras fuerzas estaban impacientes por entrar en acción y fastidiadas de un tan prolongado sitio; mientras que las del enemigo se encontraban extenuadas, y, lo que es peor, abatidas por la desmoralización.

“Yo mandaba la segunda división del Ejército del Norte, y, durante el sitio, me había tocado en suerte apoderarme del barrio de Costilla, rebasando así todo el muro oriental del convento de la Cruz y colocándome á la altura y cerca de la plazuela de dicho edificio.

“En tan ventajosa posición, me prometía ser el primero que, con las fuerzas de mi mando, penetraría y ocu-

obliga á revelar la conferencia tenida con López, comisionado en jefe del Archiduque, lo hago, no para ceder al encono de los periódicos

paria esa parte de la población, cuando una circunstancia inesperada vino á modificar completamente esta confianza.

“En las primeras horas de la noche del día 14, recibí instrucciones del general Escobedo para que estuviera á la vigilancia de una de las trincheras, á fin de que mandara recibir á un jefe del enemigo, que había ofrecido y anunciado su salida de la plaza por aquel lugar, para conferenciar con nuestro general en jefe y comunicarle algo de importancia. Confié esta delicada comisión al comandante de batallón José María Rangel (hoy general de brigada y jefe político de la Baja California), quien desempeñó satisfactoriamente su cometido, avanzando con resolución y sin ser sentido, hasta el foso de la trinchera señalada, adonde recibió, después de larga espera, al anunciado jefe enemigo, que salió furtivamente por una de las troneras y se dejó conducir hasta mi presencia por el citado comandante Rangel. Aquel jefe era don Miguel López, coronel del Regimiento de la Emperatriz, compadre y amigo de Maximiliano.

“Inmediatamente que comuniqué al general Escobedo, que se encontraba en mi campamento el coronel López, vino en persona, lo recibió con cierta frialdad y luego tuvo con él una larga conferencia, cuyo resultado fué que se modificaran las órdenes primeras que yo había recibido para el asalto de la plaza. Al efecto, se mandó reforzar la División de mi mando con los batallones Supremos Poderes y Primero de Nuevo León, al mando respectivo de los coroneles Pedro Yépez y Miguel Palacios, y se nos ordenó la inmediata ocupa-

reaccionarios ni al de los inquisidores de un hecho que presumen será vergonzoso al partido republicano, sino para satisfacción mía, deposi-

ción del convento de la Cruz, siendo guiadas nuestras fuerzas por aquel traidor.

"El general Francisco Vélez, el comandante de ingenieros Braulio Franco y, si mal no recuerdo, el teniente coronel Agustín Lozano, fueron comisionados por el general en jefe para que no se separasen del traidor López.

"Al grupo de los jefes expresados agregué al coronel José Rincón Gallardo y dos de mis ayudantes, con instrucciones de que á los primeros disparos que nos hiciera el enemigo, levantarán á López la tapa de los sesos; pues era de presumirse que nos hubiera puesto una celada.

"Preparados para el combate, resueltos á afrontar toda eventualidad con las precauciones debidas, comencé cerca de las tres de la mañana del 15 el avance de nuestras fuerzas sobre el convento de la Cruz, siendo dirigida nuestra vanguardia, como he dicho, por el titulado coronel López, quien se daba á conocer en los puntos avanzados del enemigo como jefe de día.

"Así fuimos ocupando sin resistencia varios puntos, y penetramos por una horadación del muro de la huerta del convento hasta la iglesia y los claustros del mismo: tanto en la primera como en los segundos, encontramos dormidos y confiados, descansando de sus fatigas, á los soldados enemigos que cubrían el punto, y los cuales no pasaban de mil, entre austriacos y traidores.

"Con cerillos y las escasas luces que nos proporcionamos, se pudieron recoger las armas que estaban recargadas en los muros ó formadas en pabellón; y una vez terminada esta operación, se empezó á despertar á los soldados enemigos, á quienes causó grande sorpresa

tando ese secreto con predilección en poder del Supremo Gobierno de la República, á fin de que se conserve en los archivos de la Nación este documento histórico, que pueda ro-

nuestra presencia, al reconocernos entre las sombras de la noche. (1)

"De esta sorpresa también participó Maximiliano que dormía en una celda del convento.

"Advertido de lo que pasaba, quiso en medio de la confusión salirse violentamente, pero fué reconocido por uno de nuestros jefes, (1), que, en vez de hacerlo prisionero, lo dejó escapar y así pudo irse al cerro de las Cam-

(1) El coronel Miguel López dice que esa noche hubo luna hermosa.

(2) Quizás sea este jefe el coronel José Rincón Gallardo, quien en una carta fechada en León el 5 de Junio de 1887 y dirigida al señor Espiridión Moreno, de Lagos, dice, hablando de la ocupación de la plaza de Querétaro:

"Al descender de la altura del convento, encontré al Emperador en traje de paisano y sin otra compañía que la del general Castillo, ordené á mis soldados paso franco para estos personajes y así lo verificaron; procediendo de tal suerte con la plena seguridad de que no había para ellos, ni remotamente, medio alguno de salvación. Las razones que tuve para no determinar su aprehensión, las expondré cuando lo juzgue necesario."

En otra carta sobre los sucesos de Querétaro, fechada en León el 27 del mismo mes y año y dirigida al *Diario del Hogar*, da el autor las razones, que son:

"1.º Porque me pareció un acto villano y cobarde aprehenderlo indefenso y pérfidamente entregado; 2.º porque instintivamente arrancó de mis labios la orden de arresto el recuerdo de las distinciones de que había sido objeto, y 3.º porque estaba seguro de que su evasión se hacía imposible, por razones que son perfectamente conocidas."

Las distinciones que del Emperador recibió el señor Rincón Gallardo fueron que, cuando era gobernador y jefe de las fuerzas republicanas en Guanajuato, por

bustecer la fe de nuestros ideales políticos, cuando algún día, en las severas páginas de la historia de nuestra patria, quede consignada con toda imparcialidad la gigantesca lucha que sostuviera México contra la Francia,

panas, donde unas horas después se entregó. Una vez que quedó prisionera y asegurada la guarnición enemiga, mandé ocupar las torres de la iglesia principal y dar un repique á vuelo, señal convenida con el general en jefe para anunciar la ocupación del punto.

“Los albores de la mañana del día 15 se anunciaban, el general en jefe oyó el repique, y la artillería indicó á nuestro ejército el momento del asalto. Inmediatamente se desprendieron las columnas republicanas, avanzando á paso veloz sobre las trincheras enemigas y ocupándolas con más ó menos resistencia. El cerro de las Campanas, donde Maximiliano se encontraba y cayó prisionero, fué el punto que resistió más y el último que sucumbió luego que enarbolaron bandera blanca sus defensores.

“La indignación que produjo en el ánimo de mis subalternos el mal proceder del traidor López, que, entregándonos el punto de la Cruz, nos privó de la gloria de tomarlo por asalto, puso en peligro su vida, la que salvó debido á la precaución que tuvo de no separarse ni un momento del general Vélez.

“Dos días después de la ocupación de Querétaro, mar-
nombramiento de don Benito Juárez, aquel le invitó á que depositase las armas, ofreciéndole su amistad, pero sin exigirle adhesión al Imperio.

“Debemos hacer notar que en 1867, en otra carta, el señor Rincón Gallardo dijo que no vió salir del convento de la Cruz al Archiduque, y que en la narración de los sucesos no está acorde con el general Francisco O. Arce.

contra el Imperio que ella importara con sus bayonetas, y contra los desgraciados que olvidaran sus deberes para servir primero de guías al invasor y después de elemento espúrio para

ché con la división de mi mando á México, con objeto de cooperar en las operaciones que el general Díaz emprendía sobre aquella plaza, y no volví á saber más de la suerte de López.

“Dos versiones se hicieron valer entonces sobre el móvil que indujo al traidor susodicho á cometer una acción tan villana: una era la de haber recibido una suma que no baja de treinta mil pesos por la entrega del convento de la Cruz, y otra la relativa al propósito de salvar á Maximiliano.

“Prisionero el llamado Emperador y llevado al convento referido, fué confiada su custodia á las fuerzas de mi mando; y en las dos entrevistas que tuve con él, encontré ocasión de manifestarse conmigo muy quejoso de la conducta pérfida de López, la que apenas podía creer, á la vez que muy agradecido del proceder del jefe que le dejó escapar del convento.

“Sin más por ahora, sobre este asunto histórico, me suscribo de nuevo tu afectísimo compañero, amigo y servidor.—Francisco O. Arce.”

Los jefes á quienes menciona el general Escobedo en su Informe, no sólo niegan rotundamente todo el contenido de esta carta, sino que afirman que el general Arce no tomó ninguna participación en el asalto y la toma de la Cruz.

Por otra parte, es muy raro que no haya una sola obra, de entre las muchas que tratan de tal jornada, que se ocupe, aunque sea de paso, en el importante papel que dice desempeñó dicho militar; pero ni su nombre mencionan! *V. R. 167.*

el sostenimiento de una intrusa monarquía.

El coronel imperialista Miguel López, aunque infidente para con la patria, ni traicionó al archiduque Maximiliano de Austria, ni vendió por dinero su puesto de combate.

II

SITUACION DE LAS FUERZAS IMPERIALES Y DE LAS REPUBLICANAS.

Las circunstancias por que atravesaba nuestra patria desde 1862 á 1867, vinieron á colocarme en la elevada posición de general en jefe del Cuerpo de Ejército del Norte, y después, sin quererlo, sin pretenderlo y todavía más, renunciándolo, como general en jefe del ejército de operaciones sobre Querétaro. En esa capital, como es sabido, se encontraban los principales elementos de guerra del llamado Imperio Mexicano, con los mejores generales y jefes imperialistas, valerosos y de conocimientos militares. Allí estaban Miramón, Márquez, Mejía, Castillo, Méndez, Arellano y otros más de conocido prestigio (1).

(1) El general Ramón Méndez era de Ario el Grande, Michoacán. Comenzó su carrera de soldado raso cerca del general Tavera.

Caída la plaza de Querétaro, se escondió en la casa de su amigo el teniente coronel Juan Verna, no obstante haber lanzado un decreto el general Escobedo, el cual decreto prevenía que todos los que hubieren teni-

Entramos en lucha con ellos. Por alguna

do mando en la plaza sitiada se presentaran dentro de veinticuatro horas, bajo pena de muerte. El día 18 de Mayo, por la tarde, el teniente coronel Manuel Rueda, con un piquete del 4.º batallón, dió con él en esa casa, por el barrio de Santa Rosa. Estaba Méndez en un subterráneo, el cual fué descubierto por haberse caído una maceta, contra la que se reclinó un soldado. Sin haber sido aún visto, el soldado, por estratagema, metiendo el cañón de su fusil en la boca del subterráneo, dijo:—Sale ó hago fuego.

—Estoy dado—respondió una voz, adentro, que era la del general.

La entrevista que tuvo con sus compañeros de infortunio fué conmovedora. Mejía, arrasados de lágrimas sus ojos, le dijo:

—Méndez, estoy cierto de que seréis hoy delante de esas gentes lo que habéis sido siempre.

—No tengáis cuidado, don Tomas—contestó.

Quiso ver al Emperador y éste le habló con voz ahogada por la emoción:

—Méndez, no sois más que la vanguardia; muy pronto iremos á reunirnos con vos.

Conducido entre filas del 4.º batallón, marchó sereno, saludando á los conocidos á quienes encontraba.

Para ser ejecutado se le exigía que presentase las espaldas, por ser traidor. Mucho se resistió.

—No soy traidor,—dijo—siempre he defendido mi religión y la independencia é integridad de mi patria. Traidores son los que venden á los Estados Unidos una parte del territorio y les abren la puerta para que más tarde se apoderen de todo el país.

El cura Guisasola, ex-coronel de caballería, le exhortó para que no distrajesse su alma en tan supremos

vez, y aisladamente; les fué propicia la victo-

mentos y perdonase á sus enemigos, ofreciendo á Dios el sacrificio de su vida y el de aquella humillación. Obedeció, y volteando la espalda al pelotón que iba á ejecutarle, cuyo mando tenía el sub'iente Concepción Soberanes, gritó:

—Tiren.

Su esposa doña Jesús Becerril, su hermana doña Rafaela y su hijo Alejandro, estos dos últimos viven, sufrieron las mayores angustias, porque recorrieron parte de ese calvario recorrido por el que había aplicado tan injusta y bárbaramente la ley del 3 de Octubre á los mártires de Uruápan.

El general Manuel Ramírez de Arellano nació en la ciudad de México el día 20 de Septiembre del año de 1831; fué hijo del general de brigada don Domingo Ramírez de Arellano, que formó parte del Ejército Trigarante que consumó la Independencia de México; fué de los defensores de Churubusco en 1847 y mereció ser ascendido á general efectivo por su comportamiento en Guaymas, cuando el conde Raousset, á la cabeza de los franceses que acaudillaba, intentó apoderarse de esa ciudad el 13 de Junio de 1854. Fué nombrado gobernador y comandante militar del Estado de Sonora.

El general Manuel Ramírez de Arellano, terminada su educación primaria, ingresó en el Colegio Militar, donde hizo todos sus estudios hasta salir como oficial para la Plana Mayor Facultativa de Artillería.

En la Escuela Militar fué el amigo íntimo y sincero del que fué más tarde el general Miguel Miramón, La amistad que hasta la muerte unió á Miramón y Arellano era tan grande, y cordial que realmente hacía de ellos dos hermanos.

Fué también condiscípulo de los generales Leandro Valle, Sóstenes Rocha y otros jefes ilustres del partido

ria, pero de efimeros resultados, porque en

liberal, y con ellos estuvo siempre ligado por una franca amistad, no obstante la diversidad de opiniones que más tarde colocó á unos y otros en distintos y contrarios campos. Fué prisionero en 1847 cuando los americanos asaltaron el Castillo de Chapultepec, donde figuraba como alumno.

La carrera militar la hizo toda en el Cuerpo de Artillería, donde desempeñó puestos y comisiones, científicas todas ellas. Jamás en las campañas á que asistió, siempre al lado de Miramón, tuvo mando alguno de columna ó de otro carácter que no fuera el de oficial facultativo. Sus grados y ascensos los ganó por rigurosa escala ó como recompensa por sus servicios militares, como aconteció con el de general que se lo otorgó el Emperador Maximiliano volviendo del campo de batalla, por su bizarro comportamiento.

Sus servicios en Querétaro fueron de notoria importancia para el ejército sitiado, y sin ellos, la plaza habría sucumbido desde el principio del sitio por falta de parque. El elaboró la pólvora que faltaba, desde carbonizar las maderas, depurar el salitre y cuanto era necesario, improvisándolo todo. De la techumbre del Teatro, que era de plomo, se fundieron las balas de fusil, se fundían en bronce los proyectiles de cañón, se recomponían las piezas de artillería y todas las armas, en una maestranza improvisada, por los pocos elementos con que se contaba en la plaza sitiada; y cuando las cápsulas de las armas de percusión se agotaron por completo, las suplió con brillante éxito con las de papel, con las cuales se dieron las principales salidas de aquel sitio terrible y memorable.

Cató el Imperio y después de haber escapado milagrosamente de ser hecho prisionero en Querétaro y en México, se dirigió á Europa, y después de haber reco-

seguida aquella se tornaba en desastre, forza-

rido las principales capitales de aquel Continente, se estableció en París, donde vivía con el producto de la colaboración que tenía en varios de los diarios de la prensa en aquella populosa capital.

El general Ramírez de Arellano obtuvo en Europa honrosas condecoraciones y fué muy estimado como literato. Era un escritor correcto y elegante en su lenguaje. Sus discursos en diversas solemnidades nacionales fueron muy estimados y el que pronunció en Morelia, con motivo de la llegada de Maximiliano á México, fué muy aplaudido como pieza oratoria y mereció los honores de ser citado más tarde como uno de los documentos notables de la época del Imperio. Antes había escrito un opúsculo con el título de *Apuntes de la Campaña de Oriente*, que fué juzgado favorablemente por militares y por escritores.

Cuando fué sometido á un consejo de guerra, por falta de subordinación al Ministro de la Guerra del Emperador Maximiliano, en virtud de un enérgico folleto que publicó, él sólo hizo su defensa y la prensa toda de esa época se ocupó en ella, como de una pieza notable.

El distinguido licenciado don Joaquín María Alcalde, vehemente liberal, y sin embargo, muy amigo de R. de Arellano, publicó en 25 de Noviembre de 1867 un artículo en el *Siglo XIX* y en él se expresaba así del proscrito general, con motivo de esa defensa: "Pronunció un alegato escrito por él, que es un verdadero modelo de oratoria. Los abogados que asistieron á los debates quedaron asombrados de ver que entre los militares había hombres de tanta condición y tan ilustrados como Arellano."

Más adelante y hablando en otro lugar de la defensa que hicieron del general Tamariz, mandado someter á

dos á volver á sus parapetos con menos moral de la que les alentara para llevar á cabo sus

un consejo de guerra por el general D'Osmond, que fungía de Ministro de la Guerra, se expresa así, después de enaltecer la energía y el valor civil que eran característicos en el general Ramírez de Arellano: "La defensa de Tamariz escrita por Arellano es una pieza notabilísima que hace honor á los tribunales mexicanos: en ella el autor sostuvo la independencia y la soberanía de México en tales términos y con tan vivos colores, como si la hubiese trabajado el republicano más entusiasta y decidido."

Ramírez Arellano escribió en Europa un opúsculo titulado *las Últimas horas del Imperio*, que contiene interesantes documentos.

R. Arellano dejó inéditas obras de mucha mayor importancia, entre ellas *La Ciencia de la guerra*, que no pudo dar á luz por falta de recursos para editarla como él deseaba.

A consecuencia de unas fiebres romanas que le atacaron en la capital del mundo cristiano, fué á morir á Rimini, el día 14 de Diciembre de 1877, y en momentos en que acababa de recibir una carta del ilustre vencedor, señor general Díaz, en la que le manifestaba que podía regresar á su país, en la confianza de que su Gobierno aceptaba los servicios que le había ofrecido y que utilizaría en bien del ejército y de su administración en general.

En Querétaro se escondió en la casa, cerca de la cual fué fusilado el general Méndez, cuya ejecución oyó muy bien. Salió de la ciudad disfrazado de sirviente. A su llegada á México, situada todavía, intentó entrar por la Villa de Guadalupe, hecho un verdulero, pero no pudo y se fué á Tacubaya, al Molino de Santo Domingo, de don Francisco Prieto, y partiendo de allí consiguió en-

impetuosas salidas y caer sobre un puesto de la línea de sitio (1).

trar por San Cosme, en la línea del general Manuel Díaz de la Vega. Dentro de su tercio de verdura llevaba su uniforme de general.

Pero su atrevimiento rayó en temeridad á su salida, ya la ciudad en poder de las fuerzas republicanas. Después de algunos meses de permanecer escondido, un día, como á las doce, salió vestido de cochero, dirigiendo un coche, de la casa número 5 de la calle de Jesús María. Atravesó lugares céntricos y tomó camino para Veracruz. A punto de embarcarse, puso un telegrama á la prensa, noticiando su partida.

(1) El Dr. Basch resume así la batalla del 14 de Marzo: "En substancia, estamos hoy cercados mucho más estrechamente que ayer.

"El resultado final de la jornada fué que, no obstante haber logrado rechazar al enemigo en toda la línea, está ahora más cercano de nosotros. . . ."

El Lic. Ignacio Alvarez, á quien el P. Aguirre, capellán del Emperador, denominaba cronista de S. M., dice en sus *Estudios sobre la Historia general de México*, tomo VI, página 433, refiriéndose al ataque del 1º de Abril, hecho por parte de las fuerzas sitiadas, á su cabeza el general Miramón:

"Los sitiadores volvieron á ocupar los puntos que les fueron tomados: sus bajas eran repuestas con ventaja con los refuerzos que diariamente recibían de los Estados; y la plaza, si bien suplía escasamente sus bajas de tropa con los prisioneros, no podía reponer oficiales como Farquet y Montesinos, y esto se hacía, sin obtener más resultado, que dejar consignado un testimonio más del valor del ejército imperial, pero sin resultados prácticos y positivos para la existencia del Imperio, como lo había dicho el general Márquez en varias ocasiones, re-

Siempre á los triunfos de los imperialistas, arrancados á determinadas tropas de las que sitiaban á Querétaro, venía en seguida la derrota; de tal suerte que, después de la operación ofensiva contra los sitiadores el 27 de Abril de 1867 sobre las colinas del Cimatario, en que fueron á la vez vencedores y vencidos los soldados del Archiduque, sus posteriores ataques y empeños fueron más flojos y sin ningún éxito, porque aquellas tropas ya no resistían al fuego del adversario (1).

probando la idea de los ataques parciales y de quedar encerrados en la plaza."

(1) "El 26 de Abril, el Emperador comprendió claramente la traición de Márquez. Había recibido en aquellos momentos noticias pormenorizadas acerca de los torcidos consejos que aquél le daba, y de los proyectos por él formados y que eran ignorados por Miramón y por Arellano.

"Persuadido, pues, el Emperador, de la deslealtad del hombre que pretendía sacrificarlo, aprobó un plan presentado por Miramón para el ataque de la línea enemiga del Sur, establecida en la formidable posición del Cimatario.

"Este plan consistía en sorprender las obras avanzadas del enemigo, hechas con el fin de estrechar el sitio. Si se lograba esta ventaja, Miramón asaltaba la posición del Cimatario por la extremidad derecha de las paralelas de este frente de ataque, hasta la altura de la primera, y volviendo en seguida sobre la derecha batiría al enemigo por la retaguardia.

"Los republicanos desorganizados por este punto, sufrirían otro ataque por distinto frente, de tal suerte, que

La suerte de los sitiados estaba ya defini-

el enemigo batido así en detall, la salida proyectada tendría por resultado que aquél levantara el sitio. Miramón se encargaría de dirigir todas estas operaciones hasta su término, mientras que Castillo, estableciéndose con 1,200 hombres y una batería de campaña al Este de la plaza, formaría una línea de batalla perpendicular; obras de defensa de este frente, sobre las cuales apoyaría su izquierda, con el objeto de impedir á los sitiadores el que corriesen al Cimatario.

"Al rayar el alba del día 27 de Abril, Miramón puso en ejecución su plan, tal como lo había concebido, y batió en una hora con 2,500 hombres á los 10,000 republicanos que ocupaban el Cimatario. Poco tiempo le bastó para enseñorearse de aquella posición formidable, y para apoderarse de 21 piezas de artillería que mandó conducir á la plaza. A Castillo no le fué posible establecerse de la manera que se le había indicado, y los republicanos lanzaron un grueso de 5,000 hombres que ocasionó graves pérdidas al ejército imperial y recobró la posición de donde habían sido arrojadas las numerosas tropas de Michoacán y de Sinaloa. Los sitiados tuvieron que volver á entrar en la plaza diezmados por el fuego del enemigo."—*Últimas horas del Imperio*, páginas 122, 123 y 124.

Alberto Hans, ocupándose en esta jornada, al entrar en acción la reserva republicana, dice en su libro *Querétaro*, páginas 144 y 145:

"El Cimatario, visto de lejos, parecía un hormiguero humano, de donde se escapaban detonaciones nutridas y copos de humo blanco. En aquel momento nuestras pérdidas fueron crueles: los hombres caían como moscas. Los malditos rifles de diez y seis tiros y una posición dominante daban al fuego de los republicanos tal superioridad, que el general Miramón mandó á nues-

da (1): no tenían más recurso que rendirse á discreción ó resolverse á rechazar un asalto sin ninguna probabilidad de lograrlo, que yo había querido y deseaba evitar á todo tran-

tros batallones retroceder en buen orden, paso á paso, sosteniendo el fuego.

"El Emperador se hallaba en medio de las balas; como Miramón y Arellano, estaba sorprendido por la llegada de una fuerza enemiga tan considerable, que se estaba lejos de aguardar, y que nos arrebatava, no solamente el triunfo, sino acaso también la salvación futura."

(1) El Dr. Samuel Basch, al comparar las fuerzas republicanas con las imperiales, hace esta rotunda afirmación:

"Entre estos poderosos cuerpos de ejército, el reducidísimo nuestro tenía que ser aniquilado en un instante."

En una carta del Emperador, fechada el 7 de Mayo, se lee:

"Mi querido general Márquez:

"El estado físico y moral en que, después de setenta y cuatro días de sitio riguroso, se encuentran nuestro ejército y el pueblo de Querétaro, hace que la defensa de la plaza sea imposible por un período de tiempo más largo."

El 10 de Marzo, el general Márquez propuso la salida de la plaza al Emperador, que rehusó la propuesta, "por ser—afirma el general Arellano—la derrota el único resultado."

En la página 80 de la obra *Últimas horas del Imperio*, se lee que, "convenida la retirada hacia México el 20 de Marzo, los generales Miramón y Arellano se acercaron al Emperador, en el convento de la Cruz, para disuadirle del propósito, haciéndole ver que la retirada

ce; porque era mi sentir que no debía exponer á la población al rigor y á las desastrosas consecuencias de una ocupación llevada á cabo á fuego y sangre, y con los excesos con-
era absolutamente imposible en la situación que guardaban los dos ejércitos.

"El general Miramón salió del convento de la Cruz dolorosamente conmovido por la idea de que la ruina del ejército imperial era de todo punto inevitable."

Maximiliano se disuadió horas después de tomada la resolución.

Durante los consejos de guerra, para ver qué se resolvía, el Emperador pasaba horas de agonía.

En una proposición que se le hizo el 11 de Abril, firmada por los generales Miramón, Arellano, Mejía, Castillo, Casanova y Valdés, se dice:

"La difícil y penosa situación en que se encuentran V. M. y el ejército, teniendo por causa única y principal el retardo del general Márquez, impone á los generales que suscriben el deber de hablar á V. M. con la lealtad de caballeros y con la franqueza de soldados. Al estado en que hemos llegado por causa de errores pasados é irremediables, la plaza de Querétaro, y con ella el Imperio, la persona de V. M. y nuestro valiente ejército, no podrán salvarse sin el auxilio de las tropas que el general Márquez no quiere ó no puede mandar sobre el enemigo que nos asedia.

"Llegadas las cosas á tal extremidad, no es posible esperar más, para emprender después una retirada imposible, sobre todo, cuando su realización no es sino un sueño ó el resultado de un delirio si se lleva al terreno de la práctica."

Transcurridos unos días, fueron comisionados para romper el sitio, el general Moret y los coroneles Campos y Salm; sólo pudo verificarlo la vanguardia á cuya cabeza iba el comandante José Zarazúa.

siguientes de una tropa victoriosa y ávida de venganzas. (V. Pp. 103-106). V. R. 143.

El ejército del Príncipe alemán, encerrado en Querétaro, carecía de víveres (1); las mu-

(1) En las instrucciones dadas por el Emperador al príncipe de Salm, que iba á México, se lee: "Hacer saber sólo á los generales Márquez y Vidaurri la verdadera situación, y que desde hace seis días no comemos más que carne de caballo."

Refiriéndose al 11 de Abril, dice el médico de Maximiliano: "Agravábanse cada vez más nuestras circunstancias en Querétaro, y ya la penuria iba sintiéndose de una manera excesiva. La harina, el maíz, la carne estaban reducidas á insignificantes cantidades. Comenzaba á tener que echarse mano de la carne de caballo. El Emperador mismo no tenía alimentos mejores que los nuestros y hasta el dinero escaseaba de un modo extraordinario."

"Por fin,—dice el general Ramírez Arellano en su obra citada—al llegar el 10 de Mayo, el hambre había hecho tales estragos en el ejército y en la población, que ya se hizo imposible, á costa de tan grandes sacrificios, prolongar la defensa de la plaza. . . ."

Hans dice en su obra *Querétaro*, pág. 171: "Hacia el fin del sitio las heridas se gangrenaban muy pronto. El aire viciado y el extremo calor hacían sus curaciones muy difíciles. El tifo llegó á aumentar el número de nuestras males. El hambre, sobre todo, llegó á ser intolerable."

En la pág. 133 se lee: "Nuestra situación se empeoraba; el hambre era inquietante; la desmoralización penetraba poco á poco entre nosotros."

"Los víveres se habían consumido absolutamente en la ciudad: para reunir algunas cantidades de dinero, se hacía preciso llevar la extorsión hasta el extremo: las

niciones de guerra eran de mala calidad (1), y lo más lamentable para él, ya no tenían sus tropas esa cohesión que da la moral y la disciplina militares.

Después del 27 de Abril, ya mencionado, todas las noches que precedieron á la toma de la plaza, bandas de desertores de la clase de tropa, y algunos jefes y oficiales, se presenta-

semillas habían subido á un precio fabuloso y aun así se ocultaban por sus poseedores, al grado que el cuartel general se vió obligado á imponer la pena de muerte, para el que teniéndolas se negara á venderlas; y no había ya casi en lo general para el alimento de la guarnición y del vecindario, sino la carne de la caballada." *Estudios sobre la Historia general de México*, tomo VI, pág. 437. Su autor, el licenciado Ignacio Álvarez, durante el sitio, tuvo una mesa común con el Ministro García Aguirre y fué condecorado con la Cruz de Guadalupe por el mismo Emperador, habiéndole servido esta circunstancia para informarse de todos los pormenores y secretos del memorable sitio.

(1) Los generales Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, en su libro *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México*, hacen una comparación entre el sitio de las dos ciudades, y terminan con estas palabras: "Querétaro, población miserable, llena de inconvenientes para la defensa, cercada por treinta y cinco ó cuarenta mil hombres de las tropas más selectas del ejército republicano; sin haberse tenido la precaución anticipada de almacenar los víveres y municiones necesarias, teniendo necesidad de tomar el salitre de las paredes, el plomo de los techos y el fierro de las rejas; sin campos en que forrajear y obligados hasta librar diarios combates para tomar el agua."

ban á nuestras obras de aproche, solicitando, antes que clemencia y consideración, alimento para restablecer sus decaídas fuerzas vitales. Por estos infelices, por las solicitudes que los soldados extranjeros, enganchados en aquellas fuerzas, me enviaban, pidiendo garantías y ofreciendo los puestos que guarnecían, los cuales en verdad no eran de gran importancia, y por las noticias de los agentes que tenía en la plaza, conocía perfectamente el estado de desmoralización y anarquía en que se encontraban los defensores de la monarquía en Querétaro.

Si antes de que hubiera salido Márquez de aquella plaza para México, ya había surgido la división y recelosa conducta entre los principales jefes imperialistas, después que practicó su movimiento con la caballería del Archiduque, la unidad de mando quedó proscrita entre los sitiados. Precursora del desastre esta falta á los preceptos más importantes de la ciencia de la guerra, vinieron á acibarar aquella situación la miseria, la extenuación de las tropas por tantas fatigas, el desaliento consiguiente, después que sus valerosos esfuerzos no tenían más resultados que sangrientos reveses, y sobre todo, como lo he expresado, la ninguna buena inteligencia que había ya entre los jefes que mandaban puestos, con los generales, comandantes de brigadas ó divisio-

nes (1), y la poca confianza que éstos tenían en la energía del Archiduque, y éste para con aquellos (2).

Todo me indicaba, y con justicia, el próximo y violento fin de aquella situación tan tímida y violenta. Ella me hacía poner en constante actividad, redoblando más y más la vigilancia en la línea de sitio para hacer de todo punto im-

(1) El comandante general de artillería Manuel Ramírez de Arellano ratifica esta aseveración en *Últimas horas del Imperio*: él y Miramón formaban un grupo; otro, Márquez y Méndez, y después, ya éste solo, con Francisco Redonet; otro grupo Mejía y Severo del Castillo; otro, Miguel López y el príncipe Félix Salm Salm, de influencia cerca del Emperador; y todo esto fuera de su parecer, ordinariamente opuesto al de los otros jefes, y en especial al de Miramón, de quien ya desconfiaba, debido á la constante labor de Márquez para desavenirlos, según dice Arellano.

Después del 20 de Marzo hubo un consejo de guerra ante el cual dijo el Emperador: "Señores, cinco opiniones diferentes se han expuesto hoy acerca del partido que tenemos que tomar en la situación presente. El comandante general de artillería, secretario de este consejo de guerra, os las comunicará. No he querido aceptar ninguna de ellas...."

¡Era, pues, aquello una Babel!

(2) Respecto al carácter de Maximiliano, dice Keratry: "... consumía su actividad en borrar al día siguiente lo que había emprendido la víspera, vacilando siempre cuál sería el mejor camino que debería seguir."

posible la comunicación con los sitiados por la parte de afuera y viceversa (1).

Estas disposiciones tenían el doble objeto de aislarlos completamente para hacer más violenta su condición, y también para que no recibieran noticias de la derrota de Márquez, porque presumía, y con fundamento, que al verse sin esperanza del importante auxilio que aquel debía proporcionarles, auxilio con tan-

(1) Víctor Darán dice en su libro titulado *Le general Miguel Miramón*, pág. 195, que los sitiadores estrechaban más y mejor el sitio para evitar cualquiera sorpresa de parte de los imperiales, y que cada día sus trincheras se aproximaban, apretando la plaza en un círculo de fierro.

"El sitio se estrechaba cada día más. Ninguno de nuestros correos podía lograr pasar entre los sitiadores. Muchas veces veíamos algunos de ellos colgados al frente de nosotros.

"El hambre se hacía cada día más sensible." *Querétaro* por Alberto Hans, pág. 155.

El doctor Samuel Basch, médico del Emperador, dice en su obra *Recuerdos de México*, pág. 238: "En la tropa se había rebajado mucho la confianza y el deseo de batirse. La caballería cuya porción más florida se fué con Márquez, iba empeorando de día en día, y una gran parte de los dragones estaban á pie por haberse tenido que matar los caballos, ya por falta de forraje, ya para comerlos.

"Iba además creciendo hora por hora la dificultad de salir, por cuanto el enemigo había ya concluido sus obras de fortificación, con lo que nos tenía encerrados en un círculo sin intersticio libre."

tas angustias y con tanto anhelo esperado (1), la desesperación que causara este desastre les hubiera sugerido la firme resolución de hacer un esfuerzo para romper el sitio, lo que me habría contrariado en extremo, porque entonces no tenían las tropas de mi mando la dotación de municiones de infantería en cartuchera para sostener media hora de fuego, y la artillería no contaba en sus cofres más que seis ó siete tiros por pieza.)

(El violento estado en que me hallaba, sobre todo en los últimos días del sitio, por la falta de municiones, varió después de derrotado Márquez en San Lorenzo por el Cuerpo de Ejército de Oriente, á cuya acción de guerra concurrieron activamente los cinco mil caballos que, á las órdenes del general Amado Guadarrama, desprendí en observación de los movimientos de Márquez.) Esta caballería re-

(1) "Las desgraciadas tropas imperiales, víctimas de la más completa miseria, permanecían en la más terrible inquietud, pensando solamente en la vuelta del general Márquez. Desde el Emperador hasta el último soldado, todos sin excepción, contaban las horas, los minutos y hasta los segundos. Era preciso que con tan larga espera, la moral del soldado se resintiese extraordinariamente.

"El pueblo y los soldados tenían hambre; pues ya el maíz y los efectos de primera necesidad se habían completamente consumido." *Ultimas horas del Imperio*, pág. 120.

gresó á su campamento de Querétaro, hasta después que se abrigaron en la capital de la República los restos de las tropas imperialistas que pudieron salvarse de aquella derrota.

(Además, el teniente coronel Agustín Lozano, á quien había enviado con misión especial cerca del general Díaz, en jefe del Ejército de Oriente, ya mencionado, volvía al cuartel general del ejército de operaciones, conduciendo doscientas cajas de municiones de infantería, que aquel general remitía, y las cuales fueron distribuidas inmediatamente.)

Con la plena confianza en el valor de las tropas que eran á mis órdenes, acechaba con ansiedad la salida del enemigo, de que ya tenía conocimiento se preparaba á emprender, para resolver en un batalla campal la suerte de los dos ejércitos, el republicano y el imperialista.

Tenía seguridad en el resultado; porque en época anterior á las operaciones sobre Querétaro, y cuando los imperialistas estaban en toda su moral y altivez, habían sido batidos siempre por los soldados que inmediatamente eran á mis órdenes, con menos efectivo y con menos elementos de guerra que los otros, en combates de importancia, que determinaron la condición en que se encontraba en la plaza el archiduque Maximiliano.

(Después del 12 de Mayo, en que llegaron al parque general las municiones de que he

hecho mérito, sólo dos empeños de alguna consideración hubo entre los sitiados y sitiadores, pero de consecuencias desastrosas para los primeros.

III

CONFERENCIA ENTRE EL CORONEL MIGUEL LÓPEZ
Y EL GENERAL MARIANO ESCOBEDO.

El día 14 recorría yo la línea de sitio. A las siete de la noche, un ayudante del coronel Julio M. Cervantes vino á comunicarme de orden de su jefe, que un individuo procedente de la plaza, y que se encontraba en el puesto republicano, descaba hablar conmigo: en el acto me dirigí al punto indicado, en donde me presentó el coronel Cervantes al coronel imperialista Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz. Este me manifestó que había salido de la plaza con una comisión secreta que debía llenar cerca de mí, si yo lo permitía. Al principio creí que el citado López era uno de tantos desertores que abandonaban la ciudad para salvarse, y que su misión secreta no era más que un ardid de que se valía para hacer más interesantes las noticias que tal vez iba á comunicarme del estado en que se encontraban los sitiados: sin embargo, accedí á hablar reservadamente con el coronel imperialista Miguel López, apartándose á distancia el coronel Cervantes y los

ayudantes de mi Estado Mayor que me acompañaban. Entonces brevemente López me comunicó que el Emperador le había encargado de la comisión de procurar una conferencia conmigo, y que al concedérsela, me significara de su parte que, deseando ya evitar á todo trance que se continuara, por su causa, derramando la sangre mexicana, pretendía abandonar la plaza, para lo cual pedía únicamente se le permitiera salir con las personas de su servicio y custodiado por un escuadrón del Regimiento de la Emperatriz hasta Tuxpam ó Veracruz, en cuyos puertos debía esperarle un buque que lo llevaría á Europa, asegurándose que en México, al emprender su marcha á Querétaro, había depositado, en poder de su primer Ministro, su abdicación.

Para satisfacción suya, y para que estuviera yo en la inteligencia de que sus proposiciones eran de entera buena fe, me manifestó el coronel López que su Soberano comprometía, para entonces y para siempre, su palabra de honor de que, al salir del país, no volvería á pisar el territorio mexicano; dándome, además, en garantía de su propósito, cuantas seguridades se le pidieran, estando decidido á obsequiarlas.

Mi contestación á López fué precisa y decisiva, concretándose á manifestarle que pusiera en conocimiento del Archiduque que las

órdenes que tenía del Supremo Gobierno Mexicano eran terminantes para no aceptar otro arreglo que no fuera la rendición de la plaza, sin condiciones. En seguida, el coronel López me manifestó que su Emperador había previsto de antemano la resolución á sus anteriores proposiciones. Siguiendo el curso de la conferencia establecida, me expresé de parte de su Soberano, que eran bien conocidos por mí los jefes militares que estaban á su lado, por su prestigio, valor y pericia; é igualmente la buena organización y disciplina de las tropas que defendían la plaza, con las cuales podía, á cualquiera hora, forzar el sitio y prolongar los horrores de la guerra por mucho tiempo; que en verdad esto era sumamente grave y un irreparable mal para México, al cual no quería exponerlo, siendo esta la razón por que deseaba salir del país.

Juzgando yo demasiado altivas las frases últimas vertidas por el coronel imperialista López, á nombre de su Soberano, le contesté que nada de lo que me refería era desconocido para mí, pero que tenía exacto conocimiento del estado en que se encontraban los defensores de Querétaro; que estaba enterado de los preparativos que hacían en la plaza para efectuar una vigorosa salida, en la que estaba basada su salvación; que esas columnas, formadas ya, esperaban solamente el momento

en que se les diera la orden de pasar las trincheras y chocar contra los republicanos; que esto era para mí sumamente satisfactorio, de tal suerte que, para facilitarles su movimiento, tenía pensado dejarles paso abierto en cualquiera punto de la línea de contravalación por donde se presentaran; bien entendido que después que hubieran salido todos, caería sobre ellos con los doce mil caballos del Ejército, victoriosos una parte en San Jacinto y la otra en San Lorenzo, y cuya formidable caballería dejaría el campo de batalla convertido en un lago de sangre imperialista. El comisionado del Archiduque volvió á reanudar la conferencia que yo creía terminada, diciéndome que el Emperador le había dado instrucciones para dejar terminado el asunto que se le había encomendado, de todas maneras, en caso de encontrar resistencia obstinada por mi parte. En seguida me reveló, de parte de su Emperador, que ya no podía ni quería continuar más la defensa de la plaza, cuyos esfuerzos los conceptuaba enteramente inútiles; que en efecto, estaban formadas las columnas que debían forzar la línea de sitio; que deseaba detener esa imprudente operación, pero que no tenía seguridad de que se obsequiaran sus órdenes por los jefes que, obstinados en llevarla á cabo, ya no obedecían á nadie; que no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar las ór-

denes para que se suspendiera la salida: obedecieran ó no, me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentraran en el convento del mismo; que hiciera yo un esfuerzo cualquiera para apoderarme de ese punto en donde se entregaría prisionero sin condición.

Era preciso dudar del que se llamaba agente del Archiduque. No podían entrar en mi ánimo semejantes proposiciones del Príncipe, después de sus enérgicas y varoniles determinaciones de Orizaba, pocos meses antes (1).

(1) Manifiesto publicado en el *Diario* el 6 de Diciembre de 1866.

“Mexicanos:

“Circunstancias de gran magnitud, con relación al bienestar de Nuestra patria, las cuales tomaron mayor fuerza por desgracias domésticas, produjeron en nuestro ánimo la convicción de que debíamos devolveros el poder que nos habíais confiado.

“Nuestros Consejos de Ministros y de Estado, por Nos convocados, opinaron que el bien de México exige aún Nuestra permanencia en el poder, y Hemos creído de Nuestro deber acceder á sus instancias, anunciándoles á la vez Nuestra intención de reunir un Congreso nacional, bajo las bases más amplias y liberales, en el cual tendrán participación todos los partidos, y éste determinará si el Imperio aún debe continuar en lo futuro, y en caso afirmativo ayudar á la formación de las leyes vitales para la consolidación de las instituciones públicas del país. Con este fin, Nuestros Consejeros se ocupan actualmente en proponernos las medidas oportunas,

Así con toda franqueza lo expresé al mensajero del Archiduque, quien inmediatamente me manifestó que debía desechar toda sospecha hacia su persona y su cometido; que no hacia más que cumplir estrictamente las órdenes del Emperador, por quien no evitaría sacrificio, esperando que mis determinaciones

y se darán á la vez los pasos convenientes para que todos los partidos se presten á un arreglo bajo esa base.

“En el entretanto, Mexicanos, contando con vosotros todos, sin exclusión de ningún color político, Nos esforcaremos en seguir con valor y constancia la obra de regeneración que habéis confiado á vuestro compatriota,

“Maximiliano.

Orizaba, Diciembre 1^o de 1866.”

He aquí también lo que el Emperador contestó, desde Orizaba, al gobierno francés, el cual le instaba para que abdicase, porque ya no podía sostenerle:

“La Francia, al retirarse, invoca sus propios intereses; yo no puedo ni quiero abandonar una causa que he aceptado con sus peligros, suceda lo que Dios quiera; no necesito deciros que seré lo que he sido en Milán, en la marina y en Miramar, no aconsejándome más que de mi deber y de mi dignidad personal.

“Jamás abandonaré mi puesto, y ni un momento olvidaré que desciendo de una raza que ha pasado por crisis mucho más terribles que la que yo paso, y no seré yo quien manche la gloria de mis abuelos.”

En el apéndice del doctor Hilarión Frías y Soto á la obra de Basch, encontramos esta frase: “Maximiliano en Querétaro fué un magnífico soldado que con su valor se colocó más alto que su trono.”